

los finísimos *tules* del cielo. Los amantes, llenos de felicidad como el panorama de belleza, se resolvieron á bajar del privilegiado cerro, para tomar el camino de sus desdenados penates; al llegar al pie de la pintoresca escalinata, hallándose enteramente solos, se dieron un abrazo estrecho, y, con los trinos de las gárrulas aves que charlaban entre los viejos ahuehuetes, fué á mezclarse, como la nota saliente de aquel concierto vespertino, el ruido de un beso, que había estallado entre dos bocas enamoradas.

## CAPÍTULO IX

### El nuevo boletínista

Aquel lugar convidaba á la meditación: las grandes dimensiones de la pieza, su mueblaje severo y un poco anticuado, los gruesos y oscuros cortinajes que atenúan la matutina luz, el silencio solemne, interrumpido sólo por el acompasado y monótono tic tac de una gran péndola, eran otras tantas condiciones propicias al numen austero que inspira las reflexiones y dicta las frases sentenciosas.

Tal sitio era la pieza que, en la redacción de *El Independiente*, estaba destinada al editor y director del periódico, el grave y severo don Marcos, y al boletínista, el taciturno y melancólico Pacotillas.

La gente menuda de la redacción, los gacetilleros, el cronista, los correctores, los *repórteres*, ocupaban otra

pieza más iluminada, más bulliciosa, menos severamente decorada, que una especie de pasillo separaba de la anterior.

A la pieza de la gente menuda se entraba sin miramientos, en ella se charlaba, se chacoteaba y se reía; era accesible al público, y á su recinto penetraban los ruidos de la calle, sin que pesadas colgaduras les estorbaran el paso, ni los amortiguaran las gruesas alfombras.

La pieza de don Marcos era la mansión de las ideas levantadas, que aman la media luz; era, por decirlo así, el cráneo de la redacción, y en su retirada y discreta cavidad encontraban el más tranquilo albergue don Marcos y Pacotillas, que, siguiendo nuestra metáfora, venían á ser el cerebro de la redacción.

Adornaban las paredes de aquella sala grandes cuadros, que, circunscritos por ancho y dorado marco, y suspendidos por gruesos cordones de seda, llamaban la atención de los que en la sala penetraban, y acentuaban más el sello de gravedad propio de aquel recinto. Algunos de estos cuadros eran retratos de personajes que han merecido bien de la patria ó de la libertad de los pueblos, otros representaban culminantes sucesos de la historia de las naciones modernas.

Entre los retratos se destacaba, ocupando el puesto de honor, el indispensable de Juárez; era un busto al óleo de bastante mérito, que retrataba al vivo las típicas y acentuadas facciones de nuestro célebre repúblico. A la derecha mostraba el Nigromante su tez bronceada, su despejada frente de pensador, su mirada viva y los rasgos finamente irónicos de su fisonomía. A la izquierda de

Juárez, Castelar, el tribuno español, hacía escandaloso alarde de sus grandes bigotes y abultada frente.

Los cuadros que representaban sucesos eran cuatro y ocupaban las paredes laterales; eran grabados, y el mejor de ellos representaba una sesión borrascosa de la Convención. Robespierre mostraba sus delicadas facciones, su traje atildado y su sonrisa hipócrita. Dantón ocupaba la tribuna, los montañeses, con la ira pintada en el rostro, mostraban los puños, destacándose entre sus airadas fisonomías, la repugnante cabeza de Marat.

Serían las ocho y media de la mañana, no estaba en la solitaria pieza más que don Marcos, que, cómodamente sentado en un sillón de vaqueta, leía con deleite una larga correspondencia de Castelar, impresa en un número del *Diario de la Marina* de la Habana. Castelar era, para don Marcos, el *non plus ultra* de los escritores, el fénix de los republicos y el más elocuente de los tribunos; parecíanle de perlas aquellos sus largos y altisonantes períodos, salpicados de metáforas, constelados de imágenes radiantes y embellecidos por audaces transposiciones. Pasmaba al buen don Marcos la sorprendente erudición histórica del hombre de Estado ibero, encantábale la sagacidad con que, en pocas líneas, define el abundoso escritor la situación de las potencias europeas, y desenreda la complicada maraña de la política internacional. ¡Con qué energía denuncia el gran publicista la insaciable codicia y los arteros manejos del gabinete de Saint-James! ¡Qué bien pone de manifiesto la monstruosa ambición del nuevo imperio germánico, encarnado en su Canciller de hierro, el inflexible Bismark! ¡qué elocuen-

cia despliega el florido escritor cuando ensalza las cualidades de la raza latina, escogida por la Providencia para misionera de la civilización moderna y para revelar al mundo atónito el Verbo del progreso!

Mientras se engolfaba en lectura que le era tan grata, hacía de vez en cuando movimientos de cabeza, que indicaban su completa conformidad con lo que leía. Quién sabe hasta qué horas hubiera durado su éxtasis político-democrático, si no le saca de él Pacotillas, entrando al recinto grato á las meditaciones del director de *El Independiente*.

—Buenos días, señor,— le dijo el joven, dejando en la mesa un rollo de papeles que en la mano llevaba.

—¡Ah! ¿es usted?— dijo el viejo, suspendiendo su lectura y saliendo de su ensimismamiento, — qué tal va ¿eh? ¿la señora buena? Siéntese usted un momento y escuche este párrafo magnífico, admirable, elocuentísimo como todos los que traza la infatigable pluma del Demóstenes español.

Resignóse Paco, tomó asiento sin chistar, puso la mayor atención, y don Marcos se puso á leer, con declamatorio y enfático acento, dos ó tres párrafos, tan grandes como la fama del ilustre don Emilio.

—¡Qué dice usted!— exclamó cuando hubo acabado la lectura,— ¡qué escritor tan acabado, tan insigne! ¡esto se llama escribir, qué ideas tan levantadas, qué propósitos tan nobles, qué empeño tan decidido de mantener vivo en las naciones modernas el fanal de la democracia y de la libertad!

— En efecto, señor,— contestó Paco con frialdad,—

escribe bien; hasta pudiera agregarse que demasiado bien; me gustaría más con menos adornos, como me gusta más una mujer, mientras menos perifollos se echa encima.

—¡Hombre! ¡qué puritano es usted! ¡y á su edad! ¿qué deja para cuando tenga la mía? pero dejemos eso en que no podemos estar de acuerdo y hablemos de aquello en que sí lo estamos; supongo que trae usted el boletín de mañana, ¿me permite que le eche la vista encima?

Decía bien don Marcos, salvo el poco entusiasmo que, en el austero carácter de Pacotillas, despertaban los exuberantes tropos del retórico hispano, en todo lo demás estaban en completo acuerdo; se podía decir, imitando al malicioso Hernández, que parecían padre é hijo, si no fuera porque hay en el mundo tantos hijos, que así se parecen á sus padres como la tierra al cielo; y no sólo estaban unidos don Marcos y Pacotillas, por perfecta armonía de ideas, sino por viva simpatía, robustecida por el diario trato y la mutua estimación.

El estudiante estaba en aquella redacción como el pez en el agua, llevaba tres meses de trabajar con don Marcos; la miseria había huído con sus ásperas congojas, y, gozando de una modesta medianía, el joven sentía que despertaban sus desmayadas energías, y que volvía su antigua actividad. Vivía entre el dulce afecto de su Amalia y las labores de la inteligencia, estaban satisfechos su corazón y su pensamiento, nunca había sido tan feliz.

Por las mañanas, venciendo su natural pereza, se levantaba á buena hora; iba al hospital á recibir su

lección de Clínica, de diez á once se estaba en la redacción para escribir el boletín del día siguiente; salvo el caso en que el asunto fuere delicado y requiriese reflexiones ó estudios, porque entonces prefería escribirlo en casa, consagrandó á la tarea parte de la noche de la víspera.

De la redacción se retiraba á su casa, que lo era ahora una viviendita aseada y céntrica, se ponía á estudiar hasta el momento de sentarse á la mesa, lo cual hacía entre una y dos de la tarde; de dos á cuatro volvía á estudiar, encaminándose después á la Escuela de Medicina para ir á clase.

Con esa vida arreglada había aprovechado tan bien los últimos tres meses, que ya estaba listo para presentarse á examen. Por fin iba á salir de aquel aburridísimo tercer año, en que la barca de sus estudios parecía haber encallado; ya iba á dejar aquella Anatomía topográfica y aquellas patologías, que se le habían pegado como la lapa á la roca.

Amalia estaba muy contenta; su amante era feliz y con eso lo era ella. Bastaba ver al joven para advertir el cambio favorable de sus negocios; es verdad que su descuido en el vestir era el mismo, pero su traje era nuevo, y á su sombrero no se le podía señalar más defecto que ser muy aficionado al polvo.

Don Marcos leyó con mucha atención el boletín de Pacotillas, y dijo:

—Bien, amigo mío, progresa usted visiblemente; cada vez más firme en el principio, más claro en la exposición, más brioso y contundente en la argumentación.

—Y usted, señor, cada vez más benévolo conmigo.

—No es benevolencia, créalo usted, es justicia seca; yo no peco de indulgente, su antecesor decía que era yo un viejo agrio, regañón, impertinente, á quien era imposible dar gusto, y me auguraba que jamás encontraría boletinista que me satisficiera. Volviendo al boletín de usted, le diré que me gusta mucho; pero temo que vaya usted á comprometerse, los tiempos son ahora muy difíciles para los periodistas independientes.

—No tema usted, señor, no hay nada personal en el boletín; no se hace más que seguir analizando ese contrato escandaloso, que tan nocivo es para los intereses públicos.

En este momento penetró al aposento el secretario de la redacción, diciendo que don Manuel Chávez deseaba saludar al señor Director.

—Que pase, — dijo éste.

Pacotillas se quiso despedir, mas su jefe le detuvo, diciendo que deseaba presentarle con el que venía, el cual era antiguo amigo suyo, aunque tenía el defecto de ser muy acomodaticio, por lo cual estaba muy bien con el gobierno.

Entró el personaje, tendría la edad de don Marcos, era grueso y bajo de cuerpo, vestía bien y usaba lentes.

—¿Cómo te va, Marcos?— dijo, tendiendo cariñosamente la mano á su viejo amigo.—Buenos días,—agregó, dirigiéndose á Pacotillas.

—Bien, Manuel, — contestó don Marcos, y, señalando á Pacotillas, que se había puesto en pie, dijo: — te presento á don Francisco Téllez, mi nuevo boletinista.

El aludido hizo una profunda cortesía, pronunciando la frase sacramental: ¡Servidor de usted!

—Cuanto celebro conocer á tan estimable joven, — dijo el recién llegado con melífluo tono, — ¡oh! es un periodista muy inteligente, te felicito por la adquisición, Marcos; cabalmente venía á hablarte de los magníficos editoriales que firma tu nuevo boletinista; así es que, si no les quito el tiempo, charlaremos un rato.

Don Marcos contestó, como era natural, que de ningún modo les quitaba el tiempo el visitante. Se sentaron los tres, Chávez ofreció un cigarro á Pacotillas, pues don Marcos no fumaba; el joven lo aceptó, y, en correspondencia de la fineza, presentó á Chávez un cerillo, en cuya vívida llama encendieron los dos, después de haberse hecho todas las corteses demostraciones que son del caso; en seguida Chávez reanudó la conversación así:

—Pues sí, querido Marcos, pasaba yo muy tranquilo por la puerta de la redacción, cuando me dije: voy á darle un mal rato á mi viejo amigo, robándole los minutos de que es tan avaro.

—Avaro no, — dijo don Marcos, — simplemente económico, y como nada hacíamos cuando llegaste no nos has causado ningún mal rato.

—Lo cual me congratula, y ¿qué tal, Marcos? tú siempre tan intransigente, ¿te acuerdas cuando estuvimos en el quinto congreso? entonces estabas afiliado en la oposición.

—Lo mismo que tú siempre del lado del gobierno; bien me acuerdo del quinto congreso, tú pertenecías á la mayoría y yo á la minoría.

—Buena guerra nos daba la tal minoría. Zamacona, Martínez de la Torre, Joaquín Alcalde y hasta tú, que no dejabas de meter tu cuchara, nos tenían en continuo jaque. Mucho tenía que trabajar el viejo Prieto, que era nuestro mejor paladín; lloraba, evocaba las imágenes más tiernas, hablaba de pueblos arrasados, de cabañas incendiadas, de sementeras destruidas; ¿te acuerdas de la tarde en que interpelaste á tío Nacho? ¡Aquellos sí que eran congresos!

—¡Cómo no me he de acordar! dices bien, aquellos sí eran congresos; había por lo menos lucha, había conflicto de ideas; pero todo eso pasó ya.

—¿Y usted, señor Téllez, lleva mucho tiempo de consagrarse al periodismo? aunque pregunto un disparate, pues es usted muy joven, añadió, fijando en Paco una mirada escudriñadora.

—Es la primera vez que soy boletinista de planta; sigo la carrera de medicina, y en este mes presentaré examen de tercer año.

—¡Bien! ¡bien! siguiendo tan buen camino será usted otro don Valentín Gómez Farias, médico ilustre, político distinguido, liberal eximio, y si tiene usted para la medicina las aptitudes que para el periodismo, le pronostico desde ahora un porvenir espléndido.

—Usted me favorece mucho.

—Pues sí, Marcos, mereces mis plácemes por tu boletinista. *El Independiente* es más leído ahora, has de haber tenido un aumento considerable de suscritores.

—Es verdad que el señor Téllez ha dado mucho lustre á mi periódico, pero no ha habido aumento de suscripciones;

son muy estrechos los horizontes del periodismo en México; aquí los lectores son contados, hablo de los que pagan, y aunque el mismo Castelar escribiera los boletines, no por eso habría un solo suscriptor más.

—Pues lo siento de veras. Ahora permítame que te hable con franqueza, hago á este joven toda la justicia que merece, sus editoriales parecen escritas por un Zarco ó por un Vigil; pero he notado que se ha ocupado ocho días seguidos en analizar el contrato de terrenos, celebrado últimamente por el gobierno, lo cual me ha llamado la atención: ¿tienen ustedes encargo especial de tratar ese asunto? ¿los mueve á ello algún empeño particular?

—Ninguno, señor, — contestó Paco.

—Así es, Manuel, —dijo don Marcos, —me extraña que me hayas hecho esa pregunta, conociendo mi carácter; en mi periódico no se escribe por encargo de nadie, lo que tratamos, y la manera de tratarlo, nos lo sugiere únicamente el interés público.

—Nunca he creído otra cosa, por lo mismo me admira que habiendo tan distintos asuntos de interés, se hayan ustedes empeñado en hablar sólo de ese contrato. Allí están, por ejemplo, la cuestión del desagüe del Valle, la del saneamiento de la ciudad; allí están la conversión de la deuda pública, la mortalidad que nos diezma, el aumento de la criminalidad, y tantas y tantas otras, que darían material abundante para muchos y variados editoriales. Como habiendo tanto de que tratar, ustedes se han empeñado en hablar sólo de ese contrato, creí que había en ello un interés especial.

—El señor Téllez te contestará, pues á él le toca.

—Es verdad, señor,—dijo Pacotillas,—que los temas que usted indica son muy interesantes; pero además de que ya se han tratado, la porfía con que hemos impugnado ese contrato, proviene de que lo juzgamos muy oneroso para el país; por ese contrato se beneficia mucho á algunos particulares, con enorme lesión de los intereses públicos; por todo lo cual aún seguiremos impugnándolo algunos días más, pues juzgamos nuestro deber ilustrar bien sobre este asunto á la opinión pública.

—Ya oyes,—dijo don Marcos,—ahora te pregunto yo, si al interrogarnos sobre ese particular, lo has hecho por encargo de alguien.

—No, hombre, he venido de *motu proprio*, impulsado por mera curiosidad, y, te lo diré en confianza, por la amistad estrecha que me liga con el señor Ministro, responsable de ese contrato; supuse que el alto funcionario había de estar molesto por los rudos ataques que ustedes le dirigen, y dije para mí: ¡qué diablo! voy á hablar con Marcos, y si no tiene empeño especial en atacar al Ministro, le rogaré en nombre de nuestra antigua y buena amistad, que no siga tratando tan enojoso asunto.

—Mucho siento no darte gusto, nosotros no tratamos de atacar al Ministro, sino de ilustrar al país. Si el funcionario se lastima por eso, ¿qué le vamos á hacer?

—Eres incorregible, ya sé que contigo pierdo el tiempo, pero mi deber de viejo amigo tuyo me obliga á manifestarte que, siguiendo por ese camino, te comprometes mucho y te vas á atraer iras y persecuciones. Pon en práctica, siquiera una vez, aquella máxima latina que

nuestro maestro, el viejo jesuita, repetía con tanta complacencia: *Cum potentioribus nec contendas*.

—Pues yo te contestaré con un refrán castellano: «natural y figura hasta la sepultura;» estoy hecho á disputar con los poderosos y á censurarlos, no temo sus iras ni sus persecuciones, estoy habituado á ellas, me han encarcelado varias veces, he estado á punto de ser fusilado y me he sostenido sin temor; cambiar ahora de conducta, sería tanto como quebrantar el ayuno á los tres cuartos para las doce, como decía mi tía la monja.

Chávez se perdía de vista, era capaz de intentar lo imposible por proporcionar una sorpresa grata á cualquier personaje encumbrado. Tributaba á los ministros un culto tan acendrado como el de una vieja rezadora al santo de su devoción; prestar á un Ministro algún servicio pequeño, como quitarle el polvo, ofrecerle asiento ó conquistarle un periodista, era para don Manuel la empresa más digna de acometerse, y señalaba con piedra blanca los días en que tenía la buena suerte de hacer alguna hazaña de estas.

Desde que comenzó á leer los duros editoriales de Pacotillas, comprendió que el serenísimo Secretario de Estado, cuyo contrato traía á tan mal traer el nuevo boletínista, quedaría muy lisonjeado si se lograba con habilidad que el machucho, avinagrado é incorregible Marcos, echase tierra á aquel asunto, más espinoso que un cardo y más agrio que un limón.

No contaba con ello, ¡qué había de contar! si este Marcos tenía por cabeza una testuz vizcaína, blindada probablemente; pero, en fin, nada se perdía con intentarlo.

Lo intentó, y, como se ha visto, con pésimo resultado; entonces, para que no se creyera que sólo había ido á sondear las opiniones de su ex colega y amigo, siguió hablando de varios asuntos; y, pretextando después tener negocios pendientes en las palaciegas regiones, se despidió, y hétele en la calle.

A poco andar hallóse en la animada, concurrida y lujosa hilera de calles de Plateros y San Francisco, que forman nuestro único *boulevard*, como decía un chispeante escritor y malogrado amigo mío.

El día estaba espléndido, sereno y limpio el cielo; don Manuel, con gravedad é intachable compostura, siguió la línea meridional de aceras, deteniéndose delante de los vistosos escaparates, contemplando las engalanadas damas, viendo pasar los elegantes coches de gallardos corceles, apartando con mal humor, ya la descarnada mano del mendigo, ya la mugrienta del importuno vendedor de billetes de lotería.

La cabeza y la chistera de Chávez parecían la imagen del movimiento continuo, por las frecuentes inclinaciones que la cortesía le obligaba á hacer; su mano repartía saludos á derecha é izquierda, á menudo cedía la acera ó recibía parecido homenaje, sus labios no se cansaban de decir: «Adiós, señor diputado; adiós, señor General; adiós, señor Gobernador;» y la categoría del personaje saludado por Chávez, podía infaliblemente medirse por lo profundo del saludo, la amplitud del movimiento del sombrero, lo fino de la cortesía y lo afectuoso del tono.

El sol daba en las aceras del norte, produciendo vivos reflejos en las tersas vidrieras y en los bruñidos baranda-

les; los grandiosos edificios de la acera meridional proyectaban su sombra hasta más allá de la mitad de la calle; los *cajones* estaban llenos de gentes, los dependientes no bastaban para tanta demanda de diversos géneros.

Pasaba don Manuel por enfrente de la cantina de Moesser y dirigía miradas indagadoras al compacto grupo de consumidores que había en aquella casa; no sucediera que dejara sin saludo á algún amigo, falta cuya gravedad conocía él como hombre de mundo que era.

Mas quiso la mala ó buena suerte que en esos momentos, y antes de que se hubiera cerciorado de si había amigos en la cantina, distinguiera con el rabo del ojo, como suele decirse, que por la acera en que él venía y ya á muy pocos pasos, caminaba en opuesta dirección á la de Chávez, nada menos que un señor Gobernador.

Atisbarle Chávez, olvidar la cantina, apartarse á toda prisa y ceder la acera, doblar el cuerpo, quitarse el sombrero y decir con el más melifluido tono: «A la orden de usted, señor Gobernador,» fué todo uno.

El señor Gobernador apenas contestó con los ojos y siguió andando. En este momento oyó Chávez que le llamaban por su nombre, volvió los ojos y vió en la puerta de la cantina á nuestro antiguo conocido Robles, acudió al momento al llamado, con cuanta ligereza le permitió su obesidad.

Se saludaron con la afabilidad propia de compinches, socios y colaboradores; buscaron un sitio apartado, pidieron grandes vasos de cerveza americana y se pusieron á charlar.

El Chango estaba furioso: ya le tenían hartos los edito-

riales de Pacotillas; para su mayor desconsuelo le contó Chávez lo inútil de su oficiosa gestión, le comunicó que el bruto de don Marcos y el estúpido de Pacotillas estaban firmes en sus trece, y resueltos á no cejar, sino á seguir erre que erre.

—Ya se los haya,—dijo el Chango bebiendo el último trago de cerveza;—ha llegado el momento de recurrir á medios más enérgicos, ¡ya les pondremos un bozal á esos perros!

—Ya sabe usted que estoy dispuesto á todo, y que tanto usted como el señor Ministro me tienen á sus órdenes.

## CAPÍTULO X

### La antesala de un Ministro

Muy dichoso debía ser el dueño de aquella casa si como en ella la riqueza y el lujo, la paz y el contento reinaran en el alma del propietario. Desde la puerta de la calle hasta los últimos rincones, una multitud de suntuosos objetos llamaban la atención de las incontables personas que entraban á la rica morada ó salían de ella. Desde las seis de la mañana el zaguán abría de par en par las enormes y lujosas hojas de su puerta, permitiendo ver un amplio y elegante patio; dos gendarmes de uniforme nuevo se paseaban delante de la puerta del zaguán, empuñando el negro garrote y sirviendo de guardia de honor al poderoso personaje que allí vivía.

Ya le conocemos, es el Ministro; le vimos en la Cámara

de Diputados, recibiendo los saludos y cumplimientos de los representantes del pueblo; le vimos en el Tívoli hartarse de diversas viandas y de homenajes aduladores. Vamos á sorprenderle en su casa para ver cómo desempeña su elevado cargo.

Casi desde las seis de la mañana en que se abre la gran puerta del zaguán hasta las diez de la noche, hora en que, en los días comunes, se cierra, es aquello un continuo ir y venir, un continuo entrar y salir de personas de toda edad, de todo sexo y de toda condición social.

Delante de la puerta hay casi siempre dos ó tres coches en que han sido llevados algunos de los que, ansiosos de conferenciar con el prócer, atravesaron las puertas de su rica mansión.

Es curioso ver cómo, á eso de las diez de la mañana, entran por aquel zaguán, ya el opulento negociante, ya el personaje de categoría; los cuales, como si fueran de la casa, entran de rondón al departamento de la secretaria particular; sin que el conserje, que ya sabe que gozan de la confianza del amo, oponga á su paso el menor obstáculo, antes bien les sonríe con el mayor cariño, haciéndoles una gran reverencia.

Haciendo lastimero contraste con los encopetados, se ven los pretendientes humildes; los denuncia inmediatamente su encogimiento, sus pasos tímidos, sus movimientos cohibidos; parece que van á cometer un crimen y que temen ser cogidos infraganti; parece que les acosa el temor de romper ó ensuciar algo, según la cautela con que se mueven.

Más que un perro bravo los intimida aquel conserje,